

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

LA INFANCIA DE SHAKSPEARE.

I.

LA CASA DE STRAFFORD.

A principios del mes de julio, y con un calor sofocante, había un movimiento general en los alrededores de Kenilworth. Las grandes fiestas que lord Leicester preparaba allí en honor de la reina Isabel, excitaban la curiosidad de todo el mundo. Viejos, jóvenes, hombres y mugeres, todos se ponían en camino, unos a pie, y otros a caballo y en carruaje, para llegar a la feliz marca, en que sea favor, audacia ó casualidad, se conseguía ver aquellas mágicas fiestas, abultadas por la imaginación. Solo una casita de Strafford, situada á las márgenes del Avon, había permanecido pacífica y tranquila. El carácter sombrío de su dueño, que solo hablaba por monosílabos, intimidaba de tal modo al ama de la casa que las ocupaciones diarias y la conversacion se hacían siempre con un orden religioso, fastidioso y uniforme.

La mirada de aquel hombre de genio áspero, de unos 36 años de edad, y absorto en sus libros de comercio se iba oscureciendo á medida que adicionaba sumas que le debían, y que eran inferiores á las que él mismo adeudaba. Su esposa, sentada junto á una ventana que había abierto para que penetrase el aire en la habitación, apartaba de cuando en cuando la vista de su labor, para saludar á los transeúntes que iban á la feria de Kenilworth, y que emprendían aquella divertida peregrinación, riendo, cantando y solazándose.

—El comercio de lanas, exclamó el mercader, á medida que se disminuyen las ganancias, exige siempre mayores cuidados. Mis propios asuntos me ocupan demasiado, y estoy ya cansado de manejar los de la ciudad. Los demás señores están mas desocupados que yo.

¿Quién es el que grita ahí afuera?

—Nuestro compadre Tomás Nathawray, contestó la madre con tono afable, es un hombre muy alegre que sabe vivir.

—Es un loco, replicó el esposo, refunfuñando, tiene palabras para todo el mundo, mas si se le consulta sobre cualquier cosa, no acertará á proferir una sílaba.

William, el hijo primogénito, de edad de 12 años, entró con aire tímido y un libro en la mano, y se sentó en un rincón.

—¿Qué quieres? le preguntó su padre.

—Mis hermanitas, contestó el niño, me ten tanta bulla allá arriba, que no podría retener ni un pensamiento.

—¿Pensamientos?... repitió su padre apoyando la voz en esta palabra: si, reténlos: los necesitas en gran manera: hasta ahora bien pocos has podido adquirir.

Un profundo silencio siguió á este diálogo. El padre formaba cálculos, William se absorbía en su libro, y los ojos de la madre se fijaron largo tiempo con una expresión indefinible sobre el rostro de aquel niño cuyos deseos no se atrevía á manifestar.

De vez en cuando los claros y pardos ojos de William lanzaban ardientes miradas á su madre, pero esta con un signo negativo de cabeza, le daba á entender que aun no había llegado el tiempo de aventurar el negocio.

—Entrad, dijo el padre bruscamente: ¿qué ruido es ese que oigo ahí afuera?

—Soy yo, mi querido Shakspeare, contestó un joven al tiempo de entrar.

Era el mismo Tomás Nathawray, que un momento antes había pasado por delante del balcon cantando en voz alta.

—¿Os incomoda?

—No, replicó con ceño nuestro hombre dejando sus libros. Os creía ya en camino.

—Mi hermanita no ha concluido aun de componerse como regularmente suele suceder á las mugeres. ¿Y vos, caballero? Ya sé que vos no hacéis esas calaveradas, como las soleis llamar.

—Eso debe darse por supuesto aunque no me viese obligado á ausentarme por algun tiempo. Mañana tengo que marchar, y no regresaré hasta pasados cuatro días.

—Tanto mejor: con eso me permitireis que me lleve á vuestro hijo, á quien cuidaré como si fuese el mio.

—¡Ah! exclamó el padre ahora comprendo que todos los días de eso hace ya días, incluso su madre. Ese mu-

chacho no solo no aprende nada, sino que se llena la cabeza de novelas y otras majaderías. Ni aun estudia su lección de la escuela.

—Pero esta semana hay vacaciones.

—Es igual; nunca será nada.

La madre se levantó lanzando un suspiro. Sin embargo, Tomás asiendo la mano de Shakspeare: mi querido amigo, se pasarán siglos, sin que se repita una fiesta como esta de que ya hemos perdido la memoria. Los preparativos que el gran lord ha hecho, escuden á toda descripción. Pudiera decirse que es la mesa redonda de la corte del rey Arturo. No la cede en nada.

En aquel momento una señorita de diez y ocho años y en la flor de su belleza, asomó su cabeza por la puerta entreabierta, y preguntó con gracioso y risueño semblante: ¿me permitis entrar?

—Entrad, Juana Hallaway, la dijo Tomás, y ayúdame á suavizar á nuestro severo amigo, que me rehúsa su hijo.

La joven de esbelto talle entró dando saltos, y poniendo una de sus blancas y carnosas manos sobre los hombros del amo de la casa que se erguía un poco.

—Mi querido caballero ¿cuándo veré yo sin arrugas vuestra frente?

—¡Locos! dijo Shakspeare, creéis enternecerme con vuestras caricias; pero os engañais completamente. Ese muchacho no aprecia como debe lo serio y lo útil; siempre le encuentro aprendiendo de memoria grandes trozos de nuestros poetas, y dándose paseos por el granero recitando versos en alta voz. Dejadme en paz. Me causa

—Shakspeare, dijo sonriéndose, sabéis muy bien que William es mi maridito, mi tesoro... Me pertenece tanto como á vos. Estamos comprometidos hace largo tiempo, y si voy á Kenilworth es necesario que me siga para velar sobre mi fidelidad.

William confuso procuraba desembarazarse de los brazos de Juana.

—Dejadme, la dijo un poco incomodado; sabéis que no me gustan esas chanzas. Soy demasiado joven para vos, y aun cuando tuviese la edad conveniente para casarme, ya tendríais hijos tan grandes como yo.

—Qué pícaruelo eres, le dijo ella, aparentando haberse incomodado y dándole un golpecito en la espalda. ¿Qué estás hablando de hijos? Esperaré que seas grande en cuerpo y entendimiento. Jamás seré esposa de otro.

Diciendo esto volvió á abrazarle, aunque él se resistía.

—Si, mi querido niño, prosiguió con un tono dulce y serio; ya verás como eres mi marido; pero procuraré no ser muy vieja cuando me conduzcas al altar. El digno, profundo y noble Mr. Shakspeare, será entonces mi suegro y nos dará buenos consejos. A propósito, ¿sabéis el sueño maravilloso que nuestro William ha tenido esta primavera? Solo lo ha confiado á mí y á su madre.

—¿Sueños?... dijo el padre con tono de interrogación; pues bien, veamos.

—En su sueño, prosiguió Juana, William compraba para nosotros la hermosa casa conocida con el nombre de *Casa grande*, situada en la calle Mayor enfrente de la capilla. La amueblaba con mucha elegancia; vinisteis vos á vivir con nosotros, fué renovada vuestra poble-



Casa de Shakspeare en Strafford.

horror solo el pensar que ninguno de mis hijos aprenda como cosa que valga algo las necesidades de Pan ó de un Sátiro, de un Mercurio y de un Ganimedes. Me parece que sobran gentes entregadas á esos escesos; pero lo inconcebible es que haya padres cristianos que presen para ello su consentimiento.

Al escuchar aquellas palabras, William ruborizado, dirigió á su padre una mirada penetrante, echándose hacia atrás los rizos de sus rubios cabellos.

—No, hijo mio, prosiguió el padre, sé que la locura no te conducirá á semejante extremo. Te he educado demasiado bien para que puedas incurrir en tales aberraciones.

—Si es, querido padre, replicó el niño con voz dulce, porque os suplico me permitais asistir á la fiesta de la ciudad, será mas aplicado.

—Mr. Strange, nuestro tío, añadió Juana, será tambien de la partida, y vigilará á todos; tambien nos acompañarán su esposa y su hermana.

—¡Niños y locos!... contestó Shakspeare riéndose casi á carcajadas. William es débil de piernas y no podría seguirlos.

—Irán despacio, contestó la madre que se había unido al grupo suplicante. Además es mas fuerte y vigoroso de lo que aparenta. Dá gusto verle correr y saltar por la calle. Rara vez se le presenta ocasión.

Juana entre tanto abrazaba al hermoso niño.

za, y William hizo grabar sobre la puerta vuestro escudo de armas con una lanza con punta de plata en campo de gules. Esta casa llegó á hacerse tan grande y tan célebre, que cuando la reina vino una vez á Strafford para visitaros, quiso pasar en él algunos días, y no encontró mejor alojamiento que en nuestra casa (1).

—Verdaderamente, contestó el padre sonriéndose, este muchacho sueña buenas cosas. Pues bien, sea así: consiento en ello: que os acompañe puesto que ha sido prudente ayer y hoy.

Todos los concurrentes manifestaron una alegría sincera. Solo William volvió la espalda sollozando, y fué á colocarse en un rincón para ocultar sus lágrimas.

—Querido padre, dijo, sois demasiado bondadoso para mí.

—No, hijo mio, lo mereéis; y dirigiéndose á los demás, hé aquí el libro en que estudia sin descanso desde ayer.

Hubo una pausa, durante la cual el padre pasó la vista por el volumen: pero de repente, temblando de cólera, tiró al suelo el libro y le pisoteó.

(1) Se comprende que este sueño, atribuido á la infancia de Shakspeare, es la historia de su vida. Tal fué en efecto la elevación del grande hombre y de su familia. Se sabe tambien que Juana Hallaway fué realmente su esposa.

—No, exclamó con voz alterada, eres un tuno consumado: los maestros se quejan de él; mientras sus compañeros van a la escuela, él permanece de pie en el puente y se mira en el agua. Hace que le cuenten cuentos de nodrizas y otras estravagancias, y de todo esto tienen la culpa su madre y su prometida, ó su mujer, cómo ella se titula, que le están echando a perder. ¡Creía que era una gramática ó un autor en latín, y ahora salimos con que son los poemas de ese malvado loco, de ese soldado de Gasgoign!... Ese haragan es del número de los que pasan su vida mintiendo, engañando y haciendo versos. Primero ha compuesto necedades, y luego metodeaba en los Países Bajos como soldado. Hé ahí ya de regreso al grande héroe; de regreso como poeta, antiguo poeta, es decir como loco y mendigo antiguo. Ya le he quitado otra vez ese maldito libro, y siempre, siempre se le vuelve a encontrar en las manos. *Tam arte quam Marte*, así se llama ese poeta idiota, ahora que ha olido un poco la pólvora, y jugado Dios sabe cuantas malas pasadas. Oyes, William, retírate al cuarto de arriba, allí permanecerás encerrado hasta que yo vuelva de Bristol; llevarás tus libros latinos, y tu madre cuidará de darte de comer, porque no verás a nadie, ni a tus hermanos, ni hermanas, ni amigos. Que tengas hechos todos tus ejercicios latinos, ó si no, te rompo el cuello.

Todas las instancias en favor del niño, fueron infructuosas, le agarró del brazo y le encerró en el cuartito.

LA DESERCIÓN.

Por la noche, Mr. de Shakspeare, salió de la ciudad con un comerciante amigo suyo. Sin embargo, los vecinos de la casa no habían dejado todavía a Strafford, y Juana había suplicado al anciano Strange que esperase, pues tan importante les había parecido el asunto a ella y su hermano. Fueron a celebrar un consejo de familia con la madre, cuyas señas y medias palabras habían comprendido. En efecto, aquel desagradable incidente, hizo temblar a la madre por la salud y aun por la vida de su querido hijo. La alegría, seguida de un terror tan repentino, amenazaba alterar la salud de aquel niño delicado y sensible, que en su retirada y comprimida vida, no había todavía experimentado tan grandes dolores. Fué a escuchar a la puerta de su encierro, y allí oyó que se revolcaba por el suelo suspirando y llorando, prorrumpiendo unas veces en espresiones de rabia, y otras en lamentos. Mr. de Shakspeare se había ido en la persuasión de que los locos de los viajeros hacían ya mucho tiempo que habían marchado: grande fué la alegría de la señora cuando vió a Tomás y su hermana entrar en la sala baja. Tomás fué de parecer, de que era necesario hacer una escepcion por aquella vez, y no egecutar religiosamente la orden del indignado padre, puesto que primero había permitido al niño acompañarlos, y que sería mucho peor que William se desesparase. Aunque Juana se asustó al pronto con aquella idea concluyó por adherirse a ella. Solo añadió que sería mejor hacer creer al descontento padre que el niño no había dejado de estar encerrado; lo cual es muy fácil añadir, puesto que estará de vuelta un día antes que él. La señora de Shakspeare, dándole las gracias por el cariño que profesaban a su hijo, no pudo menos de hacerles presente que no se sabía del paso con aquella mentira, que podía ser descubierta por cualquiera de los vecinos de Strafford.

—¡Bah!... respondió Tomás, no tengais cuidado por eso, no teneis que hacer mas que ocultárselo la primera noche, para que su cólera no recaiga sobre vos. Al día siguiente le llevaremos a casa del caballero Lacy, a quien aprecia mucho: ya conoceis el ascendiente que tiene sobre él; este buen sugeto le contará el suceso aplacándole al mismo tiempo. Entonces todo concluirá amistosamente, y vuestro pobre hijo habrá tenido al menos el placer de contar un día de fiesta en su vida tan sombría y tan triste, y soportará mejor la cólera de su padre.

Subieron al cuartito, y vieron que William, pálido y con los ojos hinchados, estaba ocupado con sus libros.

—¿Cómo estás, hijo mio?... le preguntó su madre.

—He obrado mal; pero mi padre tampoco tiene razón. Debería haber sido mas obediente, pero no era motivo para encolerizarse tanto. Ved, pues, vos misma este precioso libro que ha pisoteado. *Tam arte quam Mercurio*: así se titula este jovial poeta, y no *tam arte quam Marte*, como dice mi padre. No es lo mismo, aunque la diferencia no sea muy grande. Estos libros forman mi consuelo, porque yo amo la poesía. ¿Es acaso porque no leemos los poetas en la escuela?... ¿pues no se hizo por ellos célebre la Grecia? Pero yo no debo hacer mas que cantar, estudiar la gramática y las leyes para ser algun día, escribiendo de un abogado ó de un comerciante en lanas. Me prohiben pararme en el puente para ver el paisaje y el agua: no me atrevo como mis compañeros a recorrer las aldeas. No he estado aun una sola vez en el parque. Sin embargo, principio a ser ya joven, y no soy el último en la escuela: pero no me dejan libertad para ser sabio a mi modo. Con todo, me parece que el mundo entero no opinaria como mi padre a pesar de sus conocimientos.

—Tranquilízate, amor mio, contestó Juana; vendrás con nosotros esta tarde. Tu madre lo permite, y Tomás y yo aceptamos toda la responsabilidad.

El niño, enteramente cortado, la miró palideciendo y ruborizándose alternativamente. Lágrimas de gozo corrieron por sus mejillas, y enjugándolas con la pres-

teza que le fué posible, se arrojó en los brazos de Juana.

—Jamás me habeis parecido tan hermosa como en este momento, exclamó. Así es, que os prometo llamaros vuestro maridito durante todo el viage, sin incomodarme por eso. Venid, querida esposa, abrazadme. Ya no me resisto como de costumbre.

Pronunció estas palabras con toda la serenidad posible. Juana, agarrando con una mano su cabeza, y pasándole la otra por sus rubios cabellos, le abrazó sonriéndose.

La señora de Shakspeare tenía todavía algunos encargos que hacer. Concluidos estos, y colocadas la ropa y provisiones en sus correspondientes sitios, nuestros viajeros, tomando algun dinero, se pusieron en camino para reunirse en una aldea poco distante, con el anciano Strange y su familia, que los aguardaban con impaciencia.

III.

EL VIAGE.

Hé aquí a nuestra pequeña compañía puesta ya en marcha. Caminaron muy despacio, y al caer la tarde llegaron a un pueblecito situado entre Strafford y Warwick. Allí inspeccionaron detenidamente la iglesia y el palacio de Warwick. El joven Shakspeare se encontraba en el colmo de la felicidad.

—¿Cómo os va? le preguntó Juana.

—Muy bien la contestó. ¡Cuán agradable es alejarse de la casa y ver ciudades y palacios!... ¡Jamás hubiera pensado esto!... ¿Habeis visto y examinado detenidamente desde los balcones de nuestra casa, el río Avon? ¡y aquel solitario molino cuyo ruido se siente allá abajo!... ¡y el gorgojo de las aves entre el confuso murmullo de los árboles y la corriente del agua? ¡Aquí fué donde tuvo su morada el grande y poderoso Warwick, el que formó y destruyó tantos reyes y murió tan desastrosamente! Y el antiguo gigante Guy, abuelo de los condes tan famosos, tambien vivió aquí largo tiempo como un anacoreta. ¡Cuán grande es ese Guy ó Quido, el caballero gigante!... Venció por fin a los monstruos, y no siendo mas que un simple y pobre escudero llegó a ser yerno de aquel ilustre y rico conde. Pero en el colmo de la ventura, tuvo escrúpulos de conciencia é hizo un viage a la Tierra santa. Allí combatió durante muchos años a los enemigos del cristianismo, y mató un gran número de ellos. Por último, después de una larga ausencia, volvió flaco, desfigurado y desconocido. Ya vé su palacio, y sus peñascos y grutas maravillosas chocan a su imaginación! Su corazón late en la mas ardiente fé, entra en ellas, y vive como un anacoreta. Esta le habla, le reconoce y se entenece al escuchar su historia: así trascurren años enteros. Por fin, conoce que se acerca el término de sus dias: envía a llamar a su esposa, y la hace que traiga la antorcha nupcial. Llega; pero le encuentra moribundo.

—¡Esa historia es triste, pero interesante!...

Nuestros peregrinos se encontraban junto a un copudo árbol, bajo cuya sombra se detuvieron. Juana que miraba fijamente a William con sus rasgados ojos azules, prorrumpió en una carcajada.

—¿Cuán niño eres, le dijo pues qué crees todo eso: tú que sin embargo eres mas sabio y sensato que todos los de tu edad!... ¿Y te enternecen esas tonterías?... Pues hijo mio, no son mas que cuentos azules.

—¿Y qué importa, contestó William que esa historia sea ó no verdadera, con tal que me sea agradable creerla? De todos modos siempre hay en ella algo de cierto: la fé y el consuelo de nuestros abuelos figuran en ella. Fué la primera historia que me contó mi madre: no tenia mas que dos años y medio, y me hizo derramar lágrimas. Tambien ella las ha vertido siendo niña, y mas tarde vino a visitar esta comarca con la mas piadosa devoción. El grande Enrique V, el héroe de Aziucourt tambien visitó esas grutas en clase de peregrino. ¿Qué hacia pues si no lo creía? ¿seremos nosotros mas sabios que el héroe mayor de Inglaterra? A medida que se iban aproximando a Kenilworth se aumentaba la multitud. Nobles y poblejos se mezclaban, se apretaban, y marchaban en distintas direcciones, impulsados unos por el interés, y otros por la curiosidad. Muchos pasaron la noche al raso por falta de posada, y algunos se dirigieron al bosque, porque en el pueblo todo estaba ocupado, habitaciones, graneros, y hasta las bodegas. Nuestros viajeros tambien se habrían encontrado sin albergue, si el previsora Strange no hubiese alquilado unas habitaciones con dos meses de anticipación, a un guarda bosque cuya casa estaba un poco apartada de la población. Otros después de haber visto la pompa de los primeros dias, se volvieron satisfechos a sus hogares. Aquel tumulto, aquel ruido no interrumpido, aturdiria de tal modo a las mugeres, que aun las mas intrépidas desearan con impaciencia descansar, para reponer algun tanto sus sentidos perturbados: porque si la manía de ver una cosa extraordinaria suele convertirse en pasión violenta, el goce causa bien pronto a la muchedumbre, que se separa rompiendo todos los diques que la oponen.

Sin embargo, la familia del guardabosque y las personas que en su casa se hospedaban, no se cansaban de hablar de las maravillas de los dias pasados, de la pomposa procesion de la reina y de su comitiva, de la elegancia y lujo de las señoras, y de los trages magníficos de los caballeros. Había habido representaciones alegóricas, compuestas de cuanto la imaginación y el arte pueden inventar. Varias diosas llevaban ofrendas para la reina, y la *dama del lago*, cantada en los antiguos romances se presentó en un buque. Todos ha-

bían compuesto y cantado versos, y la reina los había recibido con estremada gracia y bondad: sus palabras eran unas veces alegres y otras serias; pero siempre benévolas.

Al día siguiente, que era lunes, los viajeros se pusieron en pie muy de madrugada. Durante la noche había hecho un calor escesivo, y aunque el cielo se cubrió de nubes, el tiempo no por eso tenía apariencias de refrescar.

Se supo que la reina pasaria el día en el palacio para evitar el calor, y que el lord había mandado suspender todos los festejos y procesiones. A la caída de la tarde debía verificarse una cacería de montería: para los últimos dias de la fiesta quedaron reservadas la caza de los osos, los volatines, las diversiones campestres, y otras varias.

En fin, nuestros caminantes salieron a recorrer la hermosa y encantadora comarca, lo cual no era muy fácil, especialmente en las inmediaciones de las carreteras, cruzadas por carruages cargados con toda clase de máquinas y provisiones. Los viajeros que llegaban a pie y a caballo, los criados de los lores, y de los nobles, todos se empujaban y se dirigian injurias, gritos y risotadas. Se hubiera creído que eran las calles de Londres ocupadas por un gentío inmenso en una comocion popular. De repente, al llegar a una encrucijada, desapareció William. Miraron por todas partes, le buscaron y llamaron a gritos, pero todo fué infructuoso. El tumulto y la confusion no permitian practicar diligencias minuciosas. Tomas estaba afligido y Juana fuera de sí. No querian dar un paso, ni ideaban tampoco medio alguno para encontrar a William: vieron pues obligados a abandonarle al azar. Sin embargo, Mr. Strange dijo:

—Ya estoy cansado de estas malas pasadas. El picareto ya se nos ha escapado otra vez. No hay que tener cuidado: vámonos donde mejor nos parezca, y esta noche nos reuniremos todos en casa del guarda-bosque.

(Se continuará.)

REVISTA DE PARIS.

Paris está ahora redoblando de tal modo sus gracias, sus coqueterías, y sus seducciones para retener a los extranjeros, que desde la corte de las Españas, y desde otros muchos puntos se dirigen pasando por él a la grande exposicion de Londres, que según aseguran nuestros cofrades de la capital del Sena, el verano se va preparando de la manera mas ostentosa y brillante de que es posible dar una idea: las artes, la industria y los placeres se han reunido en esta dichosa conspiración y solo los teatros se niegan a formar parte de ella. En este punto sucede en Paris exactamente lo mismo que en Madrid. Todos los artistas abandonan los teatros para mientras dure el verano. ¡Feliz la capital del Sena, que sola llora estas momentáneas ausencias, mientras que Madrid ha visto cerrarse la mayor parte de sus teatros en la mas próspera y brillante estación del año.

Pero el asunto notable, de preferente interés y de exclusiva atencion para las gentes del gran tono, ha sido en estos últimos dias el de las carreras de caballos, que han terminado en los primeros del mes con dos corridas celebradas en el llano de *Satory*, en Versailles. Esta era, puede decirse así, la tercera y última parte del gran drama de *sport* que ha estado representándose durante los últimos dias de mayo. Era ademas de sumo interés, así por los nombres de los caballos inscritos y por el valor de las apuestas, como por la importancia de los personajes que debían asistir a ellas. Aguardábase a los mas ilustres representantes del *sport* inglés, y todos acudieron a la cita. Los *sportsmen* mismos abandonaron a Londres, lo cual era muy natural, porque los *gentlemen riders*, son como todos los demas, esclavos de la moda, y son ademas hombres de grandes conveniencias.

Reunidas todas estas notabilidades en la última corrida, llamaba sobre todos la atencion, lord Milb... que hace algun tiempo se ha conquistado en este género de empresas una brillante reputacion.

Lord Milb... es uno de los hombres mas distinguidos de la aristocracia inglesa. Colocado en primera línea entre las notabilidades que dominan el *jockey-club* de Londres, se ha hecho célebre por sus escantecidades en un país que tanto se resiste a las estravagancias y que tiene en efecto el derecho de resistirlas.

Entre los caballos de precio que le valieron grandes triunfos y considerables beneficios, había uno llamado *Tiberio*, que se había conquistado una alta reputacion por su rara belleza, sus relevantes dotes, y sus brillantes hazañas. En las últimas carreras de Ascott, Tiberio, empujado por otro caballo mal dirigido, tropezó en uno de los postes del recinto ó hipódromo, y cayó al suelo, quebrándose una pierna.

Este acontecimiento produjo una sensacion difícil de explicar. Inmensas sumas se habían apostado por Tiberio; y los que habían puesto a su favor, con la mayor probabilidad de un éxito favorable, perdian su dinero por este fatal contratiempo; porque tal es la ley de un *spot*, que un accidente de esta clase no invalida las apuestas. Lord Milb... perdía por su parte el lance 10,000 libras esterlinas; y esta suma—dice la Revista de Paris de donde tomamos esta noticia—debe parecer muy respetable a nuestros lectores, cuando les digamos que es una cifra exacta, y que la es tambien después de haber rebajado toda la exagera-

ción que generalmente se permite en estos negocios el capricho de algunos cronistas. Pero la suma de 10,000 libras esterlinas era muy poca cosa en comparación de la pérdida de Tiberio, que era de un valor inestimable, y representaba para su propietario un gran capital, que cada año producía una considerable renta. El mal era, pues, irreparable. Los cirujanos declararon que la fractura de la pierna no podía curarse, y Tiberio, considerablemente abatido de resultados del golpe, espiró sobre el campo de batalla, con la muerte propia de los héroes.

Al siguiente día de esta catástrofe, terminadas ya las carreras de caballos, lord Milb... invitó a la flor de los sportmen para una comida que pensaba dar en su casa de campo, cerca de Ascott. Los convidados estaban elegidos entre lo mas ilustre de los pares ingleses. Nada en verdad podía igualar a la riqueza del servicio y a la suntuosidad del festín; porque lord Milb..., que en todo es espléndido y lujoso, se distingue también por lo selecto y exquisito de su mesa; tiene un cocinero francés de la grande escuela, que es un verdadero artista; y sus convidados, que la mayor parte de ellos eran excelentes comilones, se recreaban en la exquisita delicadeza de las viandas que se les servían, preguntando a cada paso qué clase de caza era la que formaba este plato, ó qué aves eran las que se ocultaban bajo la caprichosa forma de estotro. Próxima a terminarse la comida, que dejó extraordinariamente satisfechos a todos los concurrentes, y durante la cual se había pronunciado mas de una vez con sentimiento el nombre de Tiberio, cuando saciado el apetito habían reemplazado a las viandas las numerosas y prolongadas libaciones, que tanto honor hacen a la capacidad británica, el anfitrión se levantó con aire grave y dijo a los concurrentes:

—Milores, os propongo un brindis a los manes del desventurado Tiberio!

Un ¡hurra! general respondió a esta sentida invitación. Levantáronse todos los convidados, alzando al propio tiempo sus copas, y lord Milb... continuó:

—Brindamos a los manes de Tiberio, el mas hermoso, el mas admirable, el mas brillante de los corceles que ha hollado jamás con su ligerísima planta el suelo inglés.

Un diluvio de aclamaciones que hicieron resonar todo el salón, fué la respuesta que siguió a este brindis; vaciáronse tras él de un solo trago los vasos y las copas; pero el anfitrión hizo una señal para dar a entender que no lo había dicho todo: y nuevamente llenos los vasos, continuó:

—Ya conoíceis, señores, las grandes acciones de mi caballo; sus gloriosos hechos pertenecen a la historia; la fama se encargará de perpetuar los recuerdos de su gloria; pero a mí, señores, a todos nosotros reunidos, nos tocaba honrar sus despojos mortales. He querido que este generoso corcel tuviese un sepulcro digno de él; y por eso, milores, os he hecho servir esta comida, dispuesta por mi cocinero. Si, milores; esos platos que tan exquisitos habeis hallado, esa sabrosa carne cuya procedencia con tanto afán investigabais, es de mi caballo. Os habeis comido a Tiberio; y este sepulcro, digno de él, lo he buscado en vuestros nobles estómagos. ¡Que su digestión os sea ligera!

Al oír estas palabras prorumpieron los nobles lores en entusiastas aclamaciones; la idea les pareció sublime, y vaciaron por segunda vez sus vasos, como para regar los despojos del difunto.

EL PASTOR.

No teman vds. No vamos a imitar a Honorato de Vile, y no les conduciré a las orillas del Lignon, ni evocaré las sombras pastoriles de Estela y de Nemorino. El caballero Florian, aunque mas moderno, no es mucho mas de moda que el autor de la Astrea.

Ahora, en el tiempo prosaico en que vivimos, aun sin salir de la corte, con solo ver ciertos cuadros, puede cualquiera formarse una idea bastante exacta de los corderos y de los pastores. Las ovejitas no están ya pintadas de blanco, ni llevan al cuello cintas de color de rosa: son animales muy estúpidos cubiertos de una lana sucia, impregnada de una mugre de olor desagradable, y su principal poesía consiste en las chuletas y piernas. Los pastores no llevan el cabello rizado, van mal vestidos, y suelen caminar con un pedazo de pan negro en la mano, y un perro flaco con hocico de lobo que los pisa los talones. Las pastoras son muy feas, no llevan corsés guarnecidos con cintas, y su tez no es sonrosada ni blanca como las azucenas.—Han sido necesarios mas de seis mil años para que el género humano pueda advertir esto, y no dé crédito a los países de los abanicos, y a las pinturas de las mamparas.

Y puesto que los lectores se hallan ya tranquilos con respecto a toda tentativa de idilio por nuestra parte, demos principio a nuestra narración, que como sencilla será muy corta. Esperamos que nos agradecerán esta cualidad.

A mediados del verano de 18... un pastorcillo de 15 a 16 años, pero tan desmedrado que apenas representaba 12, conducía delante de sí con ese aire mediano y melancólico peculiar de las gentes que pasan en la soledad una parte de su existencia, una ó dos docenas de ovejas, que seguramente se habrían dispersado, sin la activa vigilancia de un mastín de pelo negro y orejas rectas, que hacía unirse al grupo principi-

pal a las caprichosas ó que se retrasaban, con algun ligero mordisco aplicado con bastante oportunidad.

Las novelas no habían trastornado la cabeza a Periquillo; (así se llamaba y no Lycidas ó Tirsis): no sabía leer. Sin embargo, era reflexivo: permanecía los días enteros recostado en un árbol, con los ojos fijos en el horizonte como en una contemplación extática. ¿En qué pensaba? él mismo lo ignoraba. Cosa muy rara en un aldeano, miraba la salida y postura del sol, los cambiantes de la luz en el follaje, y los diversos matices que se formaban a lo lejos, sin adivinar el por qué. Hasta juzgaba como una debilidad de su entendimiento, y casi como una enfermedad, el imperio que ejercían sobre él las aguas, los bosques y el cielo, y decía para sí:—Esto nada tiene de curioso: los árboles no son raros ni la tierra tampoco. ¿A qué me he de detener durante una hora en frente de una encina, ó de una colina, olvidándome de comer, de beber y de todo? A no ser por Fiel, ya hubiera perdido mas de una res, y el amo me habría despedido. ¿Por qué no soy yo como los demás, alto, fuerte, robusto, risueño y estoy cantando siempre como ellos, en vez de mirar como brota la yerba que pacen mis corderos? Periquillo se quejaba de no ser estúpido, y lo sentía.

Sin duda habeis creído que Periquillo estaba enamorado; pero no era así. Los amores campestres no son tan precoces, y nuestro pastorcillo no había fijado todavía su atención en que había dos sexos: es verdad que en ciertos países poco favorecidos, es muy fácil equivocarse: en todos los individuos se observa la misma tez, las mismas formas, las mismas manos ennegrecidas, y la voz igualmente ronca: la naturaleza no ha producido mas que la hembra; la civilización ha creado la muger.

Cuando llegó al declive de una colina cubierta de una yerba fina y lustrosa, y adornada con algunos árboles, asidos al terreno por medio de raíces nudosas de un carácter extraño y pintoresco, se detuvo, se sentó en una peña, y apoyando la barba en su cayado con la punta retorcida como los de los pastores de Arcadia, se abandonó a sus habituales ilusiones. El perro, juzgando con sagacidad que el rebaño no se alejaría de un sitio en que la yerba era tan abundante y tan tierna, se tendió a los pies de su amo, colocando la cabeza sobre las manos, y mirándole con esa atención apasionada, que hace del perro un ser casi humano. Las ovejas se habían agrupado por varios lados en el mas apacible desorden. Un rayo de luz se deslizaba por entre las hojas, y hacía brillar sobre la yerba algunas gotas de rocío, diamantes caídos del cofrecillo de la aurora, y que el sol no había aun recogido. Aquel era un cuadro formado por Dios, y que tal vez no sería admitido en un museo.

Esta fué la reflexión que hizo una joven que en aquel momento entraba por la otra punta del valle.

—¡Qué sitio tan hermoso para dibujar!... dijo, tomando un album de manos de la doncella que la acompañaba.

Sentóse en seguida sobre una piedra cubierta de musgo, a riesgo de mancharse de verde el vestido blanco que llevaba puesto, lo que parecía inquietarla muy poco; abrió el librito con hojas de vitela, le colocó sobre sus rodillas, y comenzó a trazar su diseño con atrevida y ligera mano. Sus finas y puras facciones estaban doradas por la sombra trasparente de un gran sombrero de paja, como en el delicado dibujo de la joven de Rubens que se ve en el museo: sus cabellos de un hermoso rubio, caían formando ondas sobre un cuello mas blanco que la leche: en una palabra, era de encantadora y singular belleza.

Absorto Periquillo en la contemplación del picado de unas hojas de castaño, no observó la llegada de un nuevo actor a la tranquila escena del valle. Fiel, había levantado la cabeza; pero no viendo ningún motivo de inquietud, había vuelto a recobrar su postura de melancólica esfinge. El aspecto de aquella forma, esbelta y blanca, turbó extraordinariamente al pastorcillo: sintió en el corazón una especie de opresión inexplicable, y como para librarse de aquella emoción, dió un silbido a su perro, y trató de retirarse. Mas aquello no convenia a la joven que se hallaba precisamente copiando al pastor y su rebaño, accesorio indispensable del paisaje. Dejó a un lado el album y lapicero, y dando dos ó tres saltos como una cierva perseguida, alcanzó bien pronto a Periquillo, a quien con aire de autoridad hizo se volviese a sentar sobre la peña como anteriormente.

—Tú, le dijo, vas a permanecer ahí hasta que yo te mande que te vayas: estiende un poco mas el brazo, e inclina la cabeza hacia la izquierda.

Y hablando de este modo, pasaba su delicada y blanca mano por la tostada cara de Periquillo para colocarle en la posición que le había indicado.

—Muy hermosos ojos tiene, Lucía, para ser un aldeano, dijo sonriéndose a su doncella.

Colocado su modelo en la actitud conveniente, la atolondrada joven, corrió a su puesto y continuó su dibujo, que bien pronto quedó concluido.

—Ahora ya puedes levantarte y marcharte si quieres: pero es muy justo que te indemnice la incomodidad que te he causado haciéndote permanecer ahí como un santo de palo. Ven acá.

El pastorcillo se aproximó con lentitud, abochornado, con la espalda humedecida y las sienes mojadas: la joven le puso en la mano con suma ligereza, una moneda de oro.

—Eso es para que te compres un vestido nuevo cuando vayas al baile el domingo.

El pastor que había echado una mirada furtiva sobre

el album que estaba entreabierto, permanecía como estupefacto sin pensar en cerrar la mano, en la que brillaba la moneda de cuatro duros nuevecita: acababa de caerle la venda de los ojos, y se había efectuado en él una revolución repentina: decía con voz entrecortada, siguiendo las diferentes partes del dibujo:

—Todo se halla en esa hoja de papel, los árboles, la piedra, yo, el perro, y hasta las ovejas...

La joven se divertía con su admiración y asombro tan sencillos, y le hizo ver diferentes sitios dibujados con lápiz, lagos, casas de campo y peñascos; luego, como se iba aproximando la noche, emprendió con su criada el camino de su quinta.

Periquillo la siguió con la vista, aun mucho despues que el último pliegue de su vestido desapareció detrás del collado, y aunque Fiel le daba en la mano con su frío y húmedo hocico, no conseguía sacarle de su meditación. El humilde pastorcillo comenzaba a comprender confusamente para qué servía contemplar los árboles, los accidentes del terreno, y las formas de las nubes. La inquietud y los trasportes que sentía al ver una hermosa campiña, tenía pues un objeto; no era ni imbécil ni loco!... Había visto pintadas en las casas de campo varias imágenes como el retrato de Isaac Laquedem, la efigie de Genoveva de Brabante y de la Virgen de los Dolores con las siete espadas clavadas en el pecho; pero aquellos groseros ó toscos dibujos, formados sobre madera con amarillo, encarnado y azul, dignos de los salvajes de la Nueva Zelanda, y de los papues del mar del Sud, no podían despertar en su imaginación ninguna idea del arte. Los dibujos del album de la joven, con su limpieza y la exactitud de las formas, eran una cosa enteramente nueva para Periquillo. El retablo de la iglesia parroquial estaba tan negro y tan ahumado que no se distinguía en él casi nada, y además no se había atrevido a fijar sus miradas en él desde el pórtico en donde se arrodillaba.

Llegó la noche: Periquillo encerró sus ovejas en el corral y se sentó a la puerta de la cabaña que le servía de habitación. El cielo ostentaba un azul muy oscuro; las siete estrellas del carro brillaban como clavos de oro en el techo de la celeste bóveda. Casiopea y Bootes rutilaban vivamente. El pastorcillo, con las manos colocadas sobre la piel de su perro que estaba tendido a su lado, se sentía conmovido por aquel magnífico espectáculo que él solo miraba, por aquella espléndida fiesta, que el cielo en su magnificencia ofrece a la tierra adormecida.

Pensaba también en la joven, y al acordarse de la suave y delicada mano que había tocado su áspera y tostada megilla, se estremecía y se le herizaban los cabellos. Mucho trabajo le costó dormirse, y se revolvió en la paja como un reptil, sin poder cerrar los párpados. Por fin llegó el sueño, aunque se hizo esperar bastante tiempo.

Periquillo soñó que estaba sentado en una peña y que tenía enfrente de él una hermosa compañera. Apenas asomaba el sol, movíanse como convulsivas las blancas flores del espino, y las praderas estaban cubiertas de líquidas perlas: la colina parecía que se había cubierto con una tela azul bordada de plata. A poco rato, Periquillo vió acercarse a la linda joven del valle, quien le dijo sonriéndose:

—No se trata de mirar, es necesario hacer.

Al pronunciar estas palabras, colocó sobre las rodillas del asombrado pastorcillo, un carton con una hermosa hoja de vitela, un lápiz cortado, y se mantuvo de pie a su lado. Comenzó él a trazar algunas líneas, pero su mano temblaba como una hoja, y las líneas se confundían unas con otras. El deseo de hacerlo bien, la emoción y la vergüenza de su mal resultado, hacían que corriese el sudor por su frente. Hubiera dado diez años de su vida por no aparecer tan torpe, delante de tan hermosa persona: contraíanse sus nervios, y los contornos que procuraba trazar, se convertían en curvas irregulares y ridículas: era tal su angustia que estuvo a punto de despertarse; pero la señora, viendo su pena, le puso en la mano un lapicero de oro, cuya punta brillaba como una ascua. Desde entonces Periquillo ya no experimentó ninguna dificultad: las formas iban colocándose por sí mismas, y se agrupaban solas sobre el papel: el trono de los árboles le producía un rasgo atrevido y franco, las plantas aparecían con su follaje y todos sus pormenores. La señorita, inclinada sobre el hombro de Periquillo, observaba los progresos de la obra con aire de satisfacción, y le decía de cuando en cuando:

—Bien, muy bien, continúa así.

Un rizo de sus cabellos, cuya espiral ondeaba a merced del viento, rozó el rostro del pastorcillo, y de su contacto salieron millares de chispas, como de una máquina eléctrica: uno de aquellos átomos de fuego le cayó sobre el corazón, que ardía en su pecho luminoso como un carbunclo. La señora lo observó, y le dijo:

—Ya tienes la chispa: adios.

Este sueño produjo un efecto muy extraño en Periquillo. Efectivamente, su corazón se abrasaba, y lo mismo su cabeza: desde aquel día salió del caos de la multitud. Entre su nacimiento y su muerte debía haber alguna cosa.

Tomó un carbon, de una lumbre apagada el día anterior, y quiso comenzar en seguida sus ensayos pintorescos: las tablas exteriores de su cabaña, le servían de papel y de lienzo.

¿Por dónde principio? por el retrato de su mejor, de su único amigo Fiel: porque era huérfano, y no tenía mas familia que su perro. Los primeros rasgos, preciso

es confesarlo, se parecían á un hipopótamo mas bien que á un mastín, pero á fuerza de borrar y de enmendar, porque Fiel era el modelo mas sufrido del mundo, consiguió pasar del hipopótamo al crocodilo, luego al cochinillo, y por último á una figura, en que hubiera sido preciso muy mala voluntad para no reconocer un individuo perteneciente á la raza canina.

Seria cosa muy difícil espresar la alegría que experimentó Periquillo al ver concluido su dibujo. Miguel Angel cuando dió la última pincelada á la Capilla Sixtina, y se retiró con los brazos cruzados sobre el pecho para contemplar su obra inmortal, no sintió un júbilo mas íntimo y profundo.

—¡Si la hermosa dama pudiese ver el retrato de Fiel!... decía entre sí el noble artista.

Es necesario hacerle justicia, y manifestar que aquel delirio le duró muy poco. Comprendió bien pronto que aquel dibujo estaba informe, y que se diferenciaba en gran manera del verdadero Fiel: le borró, y aquella vez trató de hacer un carnero: le salió un poco menos mal, porque ya tenía experiencia: sin embargo el carbon se le deshacía entre los dedos, y la tabla mal aliada inutilizaba todos sus esfuerzos.

—Si tuviese papel y lápiz, me saldría mejor; ¿pero cómo me lo he de proporcionar?

Periquillo olvidaba que era un capitalista. Se acordó por fin, y un día, confiando el rebaño á un compañero, se fué resueltamente á la ciudad, y entró en casa de un comerciante, pidiéndole lo necesario para dibujar. El mercader asombrado, le dió papel y lápiz de varias clases. Periquillo, gozoso de haber llevado á cabo la heroica y difícil empresa de comprar tantos objetos extraños, se volvió á su ganado, y sin descuidarle, dedicó al dibujo todo el tiempo que los pastores ordinarios emplean en fumar, en hacer cayadas, y lazos para las aves y las garras.

Sin que pudiera explicarse la razón que guiaba sus pasos, conducía con frecuencia su rebaño al sitio en donde había visto á la joven, pero pasaron muchos dias sin que volviese a presentarse. ¿Estaba Periquillo enamorado de ella? no; en la acepción rigurosa de la palabra. Semejante amor era imposible, y aun el corazón mas humilde y tímido necesita un vislumbre de esperanza. Aunque sencillo y rústico en extremo, Periquillo conocía muy bien que mediaba un abismo entre él, pobre y andrajoso pastorcillo, ignorante é inculto, y una joven hermosa y rica. A menos de estar loco, no puede amarle seriamente á una reina.

A no ser poeta, sería muy desgraciado quien sintiese no poder abrazar á las estrellas. Periquillo no pensaba en nada de eso. La señora, porque así la designaba él mismo, se la aparecía blanca y radiante con un lapicero de oro en la mano; y la adoraba con esa devoción tierna y fervorosa de los católicos de la edad media á la Santísima Virgen, aunque no lo comprendía; era para él la Beatriz, la musa!...

Un día oyó galopar un caballo; Fiel comenzó á ladrar, y al cabo de algunos minutos vió á la señora, á quien el fogoso corcel iba á despenar; á pesar de los latigazos que le daba para que volviese á tomar el sendero; pero el indócil animal, asustado sin duda, no hacía caso ni del bocado ni de la espuela, y dando un violento bote antes que pudiera llegar Periquillo, que desde lo alto de la colina se precipitaba de peña en peña, arrojó á la dama, cuya cabeza recibió un fuerte golpe. La violencia del sacudimiento la dejó sin sentido, y Periquillo, mas pálido que ella misma, fué á coger en un charco formado por la lluvia, con gran susto de una rana que había establecido allí su baño, algunas gotas de agua clara con que roció el rostro de la señora. Con gran terror suyo, vió que algunas hebras encarnadas

se mezclaban con la azulada red de sus sienes; estaba herida. Periquillo sacó de su bolsillo un pañuelillo de cuadros, y se puso á restañar la sangre que salía por entre los rizados cabellos, con tanta piedad y respeto como las santas mugeres que limpiaban los pies á Jesucristo. Cuando recobró el sentido, abrió los ojos y dirigió á Pedro una vaga mirada de reconocimiento que le penetró el alma.

Oyóse un ruido de pasos, y era el resto de la calbata que buscaba á la dama; la levantaron, la colocaron en un carruaje, y desaparecieron. El pastorcillo estrechó contra su seno el tejido impregnado de aquella sangre tan pura, y por la noche fué á la ciudad á saber de la señora. La herida no era peligrosa. Aquella buena noticia tranquilizó un poco á Periquillo, que parecía haberlo perdido todo, desde que vió llevarse á la joven inanimada y descolorida como un cadáver.

La estación estaba ya muy adelantada: los habitantes de la casa de campo se volvieron á París, y Periquillo, aunque no vió mas que de tarde en tarde y de lejos, el vestido blanco y el sombrerillo de paja, se

la puerta llenando su pipa, y en el fondo de la habitación, que se descubría por la puerta entreabierta, se veía vagamente una muger que mecía con el pie una cuna, al mismo tiempo que hilaba con una rueca. Aquella era la obra maestra de Periquillo, y casi estaba satisfecho de sí mismo.

De repente vió una sombra en su papel, la sombra de un tricornio que solo podía pertenecer al señor cura. Efectivamente era aquel; observaba en silencio el trabajo de Periquillo, que se ruborizó hasta las orejas al verse sorprendido en fragante dibujo. El venerable eclesiástico, aunque no fuese uno de esos sacerdotes encomiados por Beranger, era sin embargo un hombre bueno, honrado y entendido. Siendo joven había vivido en las ciudades, no le faltaba gusto, y poseía alguna tintura de las bellas artes; la obra de Periquillo le pareció lo que era, muy notable ya, y que prometía al mas lisongero porvenir. El buen sacerdote se enterneció al ver aquella vocación solitaria de un genio desconocido que esparcía sus perfumes ante Dios, reproduciendo con amor, devoción y conciencia, algunos fragmentos de la obra infinita del Eterno Creador.

—Amiguito mío, aun que la modestia sea un sentimiento laudable, no debes avergonzarte de ese modo. Quizá sea un movimiento de secreto orgullo. Cuando se ha hecho alguna cosa con sinceridad de corazón, y con todo el esfuerzo de que uno es capaz, no debe temerse el manifestarlo. No hay mal alguno en dibujar, especialmente cuando no se descuidan los demás deberes. El tiempo que empleas en esa ocupación, le perderías si no hicieses nada, y la ociosidad es muy perjudicial en la soledad; en eso, hijo mío, hay cierto mérito; esos árboles son verdaderos, y cada una de esas yerbas tiene las hojas que la conviene. Se conoce que has contemplado largo tiempo las obras del gran maestro, hacia el que debes estar penetrado de una admiración bien viva, porque si es muy difícil hacer una copia imperfecta y grosera, ¿qué será cuando hay que crearlo todo y sacarlo de la nada?... Así alentaba el buen párroco á Periquillo, fué el primero que reconoció aquel talento que tan alto debía elevarse.

—Trabaja, hijo mío, le decía, tal vez serás otro Giotto. Este es como tú, un pobre pastor de cabras, y concluyó por adquirir tanto talento, que uno de sus cuadros que representaba á la madre del divino Salvador, fué paseado procesionalmente por las calles de Florencia, por el pueblo entusiasmado.

El cura, durante las largas veladas de invierno, que dejaban mucho tiempo á Periquillo, y que no reclamaban sus ovejas que se hallaban bien abrigadas en el establo, le enseñó á leer y escribir, dándole de este modo las dos llaves del porvenir. Periquillo hizo rápidos progresos, porque deseaba ardientemente aprender. El digno sacerdote, reprendiéndose el dar á su discípulo una educación superior al rango que ocupaba, complacía en ver irse abriendo uno detrás de otro, los cálces de aquella tierna alma. Para aquel atento jardinero era uno de los espectáculos mas interesantes aquella florecencia interior, cuyo secreto él solo poseía.

Deshiciéronse los hielos, y las primaveras y otros florecillas comenzaron á apuntar timidamente. Periquillo volvió á sacar su rebaño. Ya no era el niño enfermo que hemos visto al principio de esta narración; había crecido y adquirido vigor. La naturaleza había apurado á sus recursos para subvenir al gasto de las nuevas facultades. Con el desarrollo de su cerebro se habían ensanchado sus sienes. Su mirada, que antes se fijaba en un solo objeto, era ya clara y firme. Como toda cabeza en que reside un pensamiento, se veía



DURON, DEL.

ANDREW. BEST. LELDIR.

Abrió el librito le colocó sobre sus rodillas y comenzó á trazar su diseño.—Pág. 274. col. II.

conceptuó solo, cuando estaba demasiado triste, sacaba el pañuelo con que había limpiado la herida de la dama, y besaba la mancha de sangre que cubría uno de los cuadros; aquello era su consuelo. Dibujaba continuamente, y casi había agotado su provision de papel; sus progresos habían sido rápidos, porque no había tenido maestro; ningún sistema se interponía entre él y la naturaleza; hacia lo que veía. Sin embargo, sus dibujos eran todavía muy rudos y bárbaros, aunque llenos de naturalidad y de sentimiento; trabajaba en la soledad bajo la mirada de Dios, sin consejo, sin guía, sin tener mas que su corazón y su melancolía. Algunas veces, durante la noche, volvía á ver á la hermosa dama, que con el brillante lapicero de oro en la mano, trazaba dibujos maravillosos; mas por la mañana todo desaparecía, el lápiz se volvía rebelde, huían las formas, aunque Periquillo gastaba toda la miga de su pan en borrar los rasgos defectuosos.

Sin embargo, un día había dibujado una choza cubierta de musgo, cuya chimenea despedía una columna espiral de humo azulado por entre las copas de unos nogales casi enteramente despojados de hojas; un leñador, concluida su tarea, estaba de pie en el umbral de

llor en su semblante el reflejo de una llama interior. No porque se hallase devorado por los maléficos ardores de una ambición precoz: pero el vino de la ciencia, aunque derramado por el buen sacerdote con una pru-

El pintor hojeó algunos dibujos sin decir nada, y luego se despejó su frente: subióle á las mejillas un ligero rubor, y se dirigió á sí mismo algunas frases en términos técnicos.

jarás solo y... si no te detienes, puedo predecirte, sin temor de comprometerme, que irás muy lejos.

Periquillo, bien sermoneado, bien instruido y prevenido contra los peligros de la Babilonia moderna, partió con el pintor acompañado de Fiel, de que no quería separarse, y que el artista le permitió llevar, con la bondad y delicadeza de alma que acompañan siempre al talento. Fiel no quiso jamás dejarse subir al imperial, y siguió al carruaje con el mas profundo asombro, pero tranquilo con el amistoso semblante de su amo, que se sonreía asomándose á la portezuela.

No seguiremos día por día los progresos de Periquillo, por que estos nos conducirían muy lejos. Las obras de los grandes maestros que visitaba asiduamente en las galerías y de que con frecuencia sacaba copias, pusieron á su disposición mil medios de desenvolver su pensamiento, que no hubiera podido adivinar por sí solo. De las severidades de Guaspro Poussino, pasó á la luminosa suavidad de Claudio Lorenes, de la fuga agreste de Salvador Rosa, á la verdad de Ruysdael: pero no se impregnó de ningún estilo particular, para eso tenía una originalidad fuertemente templada. No había hecho como el vulgo de los pintores que principian en el taller, y van en seguida á hacer excursiones de seis semanas, para pintar luego en un rincón del hogar, los peñascos y las cascadas: solo impregnándose del aroma de los bosques, y con la vista llena de objetos campestres, después de una larga y discreta familiaridad con la naturaleza, tomó primero el lápiz, y después el pincel. Había recibido bastante pronto los consejos del arte, para que tuviese tiempo de comprender un mal camino, y bastante tarde para falsear su naturalidad.

Al cabo de dos años de continuo trabajo, Periquillo presentó un cuadro en la exposición del Louvre. Bien hubiera deseado volver á ver á la señora del lapicero de oro, mas aun cuando miraba atentamente en los paseos, en el teatro, y en las iglesias, á tantas mugeres podían ofrecerle alguna semejanza con ella, no le fué dado encontrar su huella. Sin embargo, una vaga esperanza le sostenía: alguna cosa le decía en el fondo de su corazón que el destino no había concluido entre ambos. Por muy modesto que fuese, tenía la conciencia de su talento: habíase acercado al cielo y la posibilidad de alcanzar la estrella que buscaba, disminuía cada día. De cuando en cuando nuestro joven pintor se paseaba por las inmediaciones de su cuadro ó apoyándose en la barandilla, fingía examinar atentamente algun cuadro microscópico próximo á su lienzo, para recoger las advertencias de los espectadores, y después, decía para sí, y con razón, que la dama que tan bien dibujaba, y parecía tener mucha afición al paisaje, si se hallaba en París, indudablemente iría á visitar la exposición. En efecto, una mañana, antes de la hora en que abunda la concurrencia, Periquillo vió avanzar hacia el lado de su cuadro á una joven vesti-



DURON DEL.

Vió á la señora á quien el fogoso corcel iba á despeñar.—Pág. 277, col. I.

dente discreción, causa á aquella alma nueva una especie de embriaguez, que pudiera convertirse en orgullo. Felizmente Periquillo no tenía público. Los árboles y los peñascos no son aduladores. La inmensidad de la naturaleza, con la que estaba siempre en relación, le volvía prontamente al pensamiento de su pequeñez. Abundantemente provisto por el cura de papel y lápiz, hizo un gran número de estudios, y algunas veces, aunque dispierto, le parecía tener en la mano el lapicero de oro, y que la señora, inclinada sobre su hombro, le decía: «Está muy bien amigo mío; no has dejado apagar la chispa que he colocado en tu corazón: persevera y obtendrás la recompensa.» Habiendo adquirido Periquillo un fino sentimiento de la forma, comprendió hasta qué punto era hermosa la dama, y con aquel pensamiento su pecho se henchía. Miraba el pannelo de cuadros en que se distinguía siempre la mancha, y decía: «Dichosa sangre que has circulado por sus venas, y que has subido desde el corazón á su cabeza.»

Con la misma sinceridad que nos hizo confesar poco hace que Periquillo no estaba enamorado, debemos convenir en que ahora si lo está, y con toda fuerza de su alma. La imagen adorada ya no le abandonaba. La ve en los árboles, en las nubes, en la espuma de las cascadas. Así es que ha hecho progresos inmensos. Ahora tiene en sus dibujos un elemento que le faltaba, el deseo.

Un acontecimiento sencillísimo en la apariencia, y que nada tiene de dramático, pero á que es forzoso referir, porque al comenzar nuestra historia ya os hemos indicado que no sería complicada, decidió enteramente la vocación de Periquillo, y varió completamente la faz de su vida.

El diputado del distrito había conseguido del ministro de la Gobernación un cuadro para la iglesia de... el pintor, que era un hombre de talento, muy cuidadoso de sus obras, acompañó á su lienzo y quiso colocarle él mismo en el sitio que debía ocupar. Naturalmente bajó al presbiterio: y el cura no dejó de hablarle de un pastor del país, que tenía mucho gusto para el dibujo, y anunciaba maravillosas disposiciones. Enseñó al pintor el carton de Periquillo. El niño, pálido como la muerte, y comprimiendo con la mano el corazón para evitar se le saliese de su centro, se mantenía de pie al lado de la mesa. Aguardaba en silencio la condenación de sus sueños, porque no podía imaginar que un hombre bien puesto, con guantes y una cinta encarnada en el ojal del frac, autor de un cuadro con marco de oro, pudiese encontrar el menos mérito en sus toscos ensayos en papel de estraza.

¿Cómo es esto? ¿es natural? Corot no lo hubiera hecho mejor. Éé ahí una obra que envidiaría Delaberge: ese carnero echado es enteramente del gusto de Pablo Potter.

Cuando concluyó se levantó, se dirigió á Periquillo, le asió cordialmente la mano y le dijo:



Este es con corta diferencia el sitio que habeis pintado en vuestro cuadro.—Pág. 277, col. III.

—Pardiez, aunque esto no sea nada honroso para nosotros los profesores, querido niño, sabéis mas que todos nuestros discípulos. ¿Quieres venirte á París conmigo? en seis meses te enseñaré el oficio, luego traba-

da de negro: no la vió al pronto la cara, pero aquel hermoso cuello blanco sembrado de algunos pequeños lunares, y que brillaba como un ópalo, se la hizo reconocer inmediatamente, con esa seguridad de vista,

que la costumbre da á los pintores. Era ella: el luto que llevaba hacia resaltar su blancura, y la daba la transparencia del mármol de Paros. Aquel trage turbó á Periquillo.

—¿A quién habrá perdido? á su padre ó á su madre... ¿estará libre? ...dijo para sí en lo mas recóndito de su alma.

El paisaje del joven artista representaba precisamente el sitio dibujado por la dama, y en el cual estaban colocados él, Fiel, y sus ovejas, Periquillo, por un pensamiento de amor y de religion, habia elegido para asunto de su primer cuadro, el sitio en donde habia recibido la revelacion de la pintura. La pendiente cubierta de yerba, los árboles, los cenicientos peñascos que atravesaban por acá y allá, la verde alombrada de la yerba, el tronco descortezado y extraño de una vieja encina herida por el rayo, todo estaba representado con la mas escrupulosa exactitud. Periquillo se habia apoyado sobre su cayado, con ademán pensativo, y en la posicion que la dama le habia indicado en el album.

La joven permaneció largo tiempo contemplando el cuadro de Periquillo: examinó con detenimiento todos sus pormenores, avanzando y retrocediendo para juzgar mejor de su efecto. Un pensamiento igual la preocupaba: abrió el librito y buscó el número del lienzo, el nombre del pintor, y el asunto de su obra: el nombre le era desconocido: el libro ó catálogo no decia mas que paisaje. Luego, poseída al parecer de un recuerdo luminoso, dijo algunas palabras por lo bajo á la señora anciana que la acompañaba.

Después de mirar algunos otros cuadros, pero con ojos distraídos y fatigados, salió.

Periquillo, arrastrado en pos de ella por una fuerza mágica, y temiendo perder aquella huella que tan á tiempo habia vuelto á encontrar, siguió á la joven desde lejos, y la vió subir en un carruaje. Lanzarse en un cabriolé, y decir al conductor que no perdiere de vista al coche de la librea azul, fué para él obra de un momento. El cocheró avivó su caballo, y cumplió el encargo.

El coche entró en una casa de hermosa apariencia, calle de... é inmediatamente se cerró la puerta. Era, pues, seguro que allí vivia la dama. Saber la calle y el número de su hermosa ideal era ya una buena posicion, y algo es poder decir: mi ilusion vive en tal cuartel, en el piso exterior, ó bien entre el patio y el jardín.... Con esto, y quizá con menos, Lovelace ó don Juan hubieran llevado á cabo una aventura, pero Periquillo no era ninguno de ellos; antes muy al contrario.

Restábase saber el nombre de la señora de sus pensamientos, ser admitido en su casa, y hacerse amar; tres pequeñas formalidades que no dejaban de embarrasar extraordinariamente á nuestro ex-pastor.

Felizmente la casualidad acudió en su auxilio, y el medio que buscaba, se ofreció por sí mismo. Una mañana recibió una esquela oblonga y delicadamente cerrada.

Por la letra inglesa y elegante del sobre, no podia dudarse que era de muger, y bien educada, que sabia escribir otra ortografía que la del corazon. La carta estaba concebida en estos términos:

«Caballero.

«Acabo de ver en la exposicion un precioso cuadro vuestro. Tendria por una dicha poseerle en mi pequeña galeria, pero temo llegar demasiado tarde. Si todavia os pertenece, tened la bondad de prometerme, que no le vendereis á nadie, y mandad llevarle á la calle de San Honorato, número.... concluido que sea el término para el público. Vuestras condiciones serán las mias.

G. D' ESCARS.»

La calle y el número convenian exactamente con las en que Periquillo habia visto entrar el carruaje. No habia engaño: Mad. Escars era la señora del lapicero que despedia chispas en los ensueños de Periquillo; la que le habia dado el luto con que comprara los primeros pliegos de papel; aquella, en fin, de cuya sangre conservaba una gota con el mayor esmero en su pañuelo de cuadros.

Periquillo fué á casa de madama Escars, y bien pronto se entablaron relaciones entre ambos. El talento sencillo, recto, entusiasta y sensato de Periquillo, á quien llamaremos así hasta la conclusion de esta historia, para no divulgar un nombre que ha llegado á ser célebre, agradaba infinito á la señorita Escars, que no habia conocido en el joven artista, al pastorcito que la habia servido de modelo; pero que sin embargo, desde la primera visita recordaba haber visto en alguna parte.

Mad. de Escars no habia dicho á Periquillo que tambien dibujaba, porque no tenia impaciencia por manifestar las habilidades que poseia. Una noche, recayó la conversacion sobre la pintura, y la señorita de Escars confesó lo que Periquillo sabia muy bien, que habia hecho algunos diseños que ya le habria enseñado si los hubiera juzgado dignos de semejante honor.

Puso el album sobre la mesa, y hojeándole mas ó menos rápidamente, segun juzgaba los dibujos mas ó menos dignos de exámen; cuando llegó al sitio en que se encontraban representados Pedro y su rebaño, dijo al joven pastor:

—Este es, con corta diferencia, el sitio que habeis pintado en vuestro cuadro que he comprado para ver realizado lo que yo hubiera querido hacer. Este hallazgo es extraño: ¿habeis ido á S...?

—Sí, he pasado allí algun tiempo.

—Es un pais delicioso, desconocido, y que encierra bellezas que van á buscarse bien lejos; mas puesto que ya he sacado mi album de su caja, no será infructuosamente. Hé aquí una página en blanco, dibujad algo.

Periquillo dibujó el valle en donde Mad. Escars habia caído del caballo. Representó á la Amazona derribada en tierra, sostenida por un pastorcito que la vendaba la frente con un pañuelo mojado en agua.

—¿Qué extraña coincidencia!... dijo la señorita Escars. Efectivamente, caí del caballo en un sitio semejante; pero no presencié aquel percance mas que un pastorcillo que vi vagamente en mi desmayo, y que jamás he encontrado despues. ¿Quién os ha podido contar eso?...

—Es que yo soy el mismo Periquillo, y hé aquí el pañuelo con que limpié la sangre que corria por vuestra frente, en la que diviso todavia la cicatriz de la herida, bajo la forma de una imperceptible raya blanca.

La señorita de Escars alargó su mano al joven pintor, que estampó en las puntas de sus dedos un beso tierno y respetuoso: luego con dulce y temblorosa voz, la refirió toda su vida, las vagas aspiraciones que le turbaban, sus sueños; sus esfuerzos, y en fin su amor, porque entonces veia claramente su alma, y si al principio habia adorado á la musa en Mad. de Escars, ahora amaba á la muger.

¿Qué mas podemos decir? El fin de esta historietta no es difícil de adivinar, y al principiar hemos ofrecido que en nuestra relacion no habria catástrofes ni sorpresas. La señorita de Escars, al cabo de algunos meses, llegó á ser Mad. D... y Periquillo tuvo la rara felicidad de casarse con su querida ideal, y vivir con su ensueño, sin mancillarse con un enlace vulgar.—Amaba los árboles hermosos y frondosos, y llegó á ser un gran paisagista—amaba á una muger bella y la condujo al altar: ¡hombre feliz!... ¿Pero qué no se consigue con un amor puro y una voluntad firme?...

LOS SOLTERONES.

COSTUMBRES.

Ardua empresa es bosquejar, con enérgicos rasgos, el original que sirve de epigrafe al presente artículo. Y no lo es porque acerca de él se ocurra poco decir, sino porque, habiendo mas de lo que de desear fuera, son tales las costumbres, tantas las escentricidades respectivas de cada uno, tan distintas y varias sus manias, que se necesita mas criterio, mas don de buena eleccion que el que Júpiter nos ha regalado, para formar el tipo mas comun y conocido de los que pretendemos delinear.

Dadme, pues, escelso Jove, el hilo de Ariadna para penetrar en el Dédalo de los *camastrones*; venga á mi la linterna de Diógenes para buscar el hombre, ó la muger que mi imaginacion quiere retratar: y solo, ayudado con vuestro auxilio, me atreveré á entrar en tan difícil y espinosa materia.

Este aumentativo, *solterones*, que filológicamente hablando significa *mas de lo regular ó muy soltero*, se aplica á aquellas personas, que, teniendo edad mas que suficiente, y sin impedimento para hacerlo, no han doblegado su cerviz al santo yugo del matrimonio.

Resistenle unos, porque no cuentan con los medios indispensables para atender á sus obligaciones. Muy pocos son los que realmente se hallan en este caso; y no hablo con ellas, porque no es caritativo añadir afliccion al afligido. Otros, toman el mundo por diversion, la vida por romería; y teniendo lo necesario para pasarlo bien, no quieren cargar sobre sí el cuidado de sufrir el génio de un vitalicio compañero, ni el de criar ni educar hijos para el mundo. A estos, á estos es á quienes Persio dirige sus ramalazos, á quienes va á definir.

Son, pues, los *solterones* animales parásitos, que, por egoismo, se niegan á cumplir el precepto del evangelio, y á levantar las cargas de la sociedad. Capitales improductivos, seres antieconómicos, que, nivelando los gastos con los ingresos, no tratan de aumentar su riqueza, porque carecen de porvenir lícito que piensen asegurar. Paréntesis humanos, que se podrian fácilmente suprimir, sin que por ello padeciese el sentido de la oracion social. Y lo que es peor, (y claro que esto solo se entiende con los machos), zánganos de la colmena pública, que se meriendan, sin entrar á escote, la miel que á fuerza de cuidados y desvelos, han logrado conservar el marido, y el padre de familias.

Es el *solteron* un ente temible donde algo haya que pervertir; y aconsejará Persio á las mamás, que sean muy cautas en admitirlos en la sociedad de sus hijas. Sus intenciones son siempre torcidas; pues, no sintiendo en su helado corazon amor alguno que las dicte puras y santas, la razon, libre de él, le dirige tranquilo á la consecucion de un fin reprobado é ilícito.

Los *solterones* disculpan su estado con el lujo; las grandes obligaciones de matrimonio, la inmoralidad de las costumbres y otras causas á este tenor, y no consideran que acaso ellos mismos favorecen el primero, que pueden soportar aquellas cómodamente, y que contribuyen mas que nadie á la perversion de las últimas.

Cuando un hombre ha dejado trascurrir el período de la vida en que borbotan las pasiones, la edad en que sensible á las impresiones del amor, puede este seducirle, la edad en que ductil y maleable el corazon, puede amoldar sus hábitos á los de otro, que le atraiga

le reduzca, entonces, deja de ser hombre, y pasa á ser *solteron*. Y digo que no es hombre, porque, amortiguadas las pasiones nobles, vivas solas las mezquinas como el interes, la envidia y la holgozaneria; embotadas las fibras del sentimiento; duro, hasta el tuétano, para poder variar su modo de vivir, desciende á la clase de *solteron*. Entonces, como ulano de haber triunfado en la lucha, de haber triunfado en la cuestion decisiva de la felicidad del hombre, gira en torno de sí una mirada retrospectiva, y dice: «He llegado hasta aquí sin casarme; tengo comodidades, me aman las mugeres, y me aprecian los maridos. ¡Esto es magnífico! Amos, pues, á las mugeres, guerra á los maridos, loor á la independencia, y vivamos sobre el pais.»

Para poner en práctica tan sacrosantos principios, establece el *solteron* su método de vida: y le establece con tal carácter de irrevocabilidad, que le respeta hasta el estrémo de hacerse víctima de la costumbre. Si no tiene oficina, despacho ó otra obligacion á que atender, como muy comunmente sucede, se levanta á las diez, almuerza, se afeita, lava, tiñe las canas (porque esto es de rigor en un *solteron*) si no lo ha hecho por la noche durmiendo envuelto en ojas de berza, como lechuga rellena, como repollo acostado; despues se perfuma, se viste de punta en blanco, siendo siempre el primero que anuncia en su trage el cambio de las modas y de las estaciones; y puesto ya en la calle, se dice á sí mismo: «¿A dónde irás, Facundito, que menos pesares causes? Todas te quieren, todas te halagan, Isabel te ama, Laura te adora, la marquesita te idolatra ¡oh! si, debes visitar á todas para que ninguna se enoje.» Recorre, con efecto, todas las casas de su devocion, y en unas hace fortuna, y en otras aplaza la cuestion para tiempo mas bonancible. Despues de concluida tan penosa tarea, se dirige al paseo público, concluido el cual corre, para ir en seguida al café, y luego al teatro. Nadie hay en él que mas partido saque de los anteojos, pues le falta tiempo para alternar con ellos en todos los objetos de su adoracion. Concluido el espectáculo, vuelve á su casa, y cuando ha leído dos capítulos de una novela, ó escrito una epistola amorosa, que debe entregar al otro dia, se acuesta y duerme hasta el almuerzo siguiente.

Y ¿es esto un hombre? Si lo fuese, no es de seguro el que Diógenes buscaba.

En esta primera época de su carrera todo puede serle quizá en extremo favorable, todo puede estar pintado de oro y azul; pero, aun cuando así sucediera, dura muy poco tiempo y tiene tambien sus contrariedades: esta misma vida que parece tan regalona y envidiable hoy sufre unas calabazas; mañana se amosca un marido, y rueda nuestro héroe las escaleras; y al otro dia, recibe una herida en duelo con un rival á quien prefiere, por mas joven, la idolotrada señora de sus pensamientos.

Aunque en los primeros años de su peregrinacion fuese nuestro célibe completamente feliz, con todo, en el pecado tendria siempre la penitencia.

Pasa el tiempo, y pasa igualmente para todos: surda da mano surca nuestro rostro; aportilla nuestra boca; y derrama sobre el mortal reumas y gotas á porrillo. Eso sí; no es el *solteron* el que menos lo resiste: con parches, baños, pomadas, huesos de elefante, y demás recursos de la moderna industria, se defiende como una fiera; pero esto no quita que una joven se le ria en sus barbas, porque, al decirle lindes, se le está moviendo una muralla de dientes, ó descubre el muelle del bisbité; que otra tenga que dejarlo solo porque no puede contentarse, al ver, que, habiendo el calor derretido el cosmético que disfraza sus patillas, corre por su cara un brazo del mar negro, que algun pintor le tome por modelo de la muerte ó que inspire á un poeta la composicion «á una calavera.»

Vence el tiempo por fin, y comienza entonces la parte mas lastimosa de nuestra historia. Segun va avanzando en edad, y creciendo el número de sus impertinencias y enfermedades, conoce la necesidad, se despierta en su alma el deseo de una vida mas agradable al lado de una persona que lo trate con cariño. Despiértase tambien quizá la idea del matrimonio que tanto ha odiado en sus verdoros; pero como vé que nadie puede quererle por sus cualidades personales, que nadie, como no vaya guiado por el interés, podrá soportar sus rarezas, lo aparta horrorizado de su suerte, lamentando no haber aprovechado la edad oportuna para sacrificarse en las aras de himeneo.

Después de haber vivido cincuenta años en doscientas setenta y cinco casas de pupilo, pena que en el código, debería considerarse como inmediata á la capital, y superior á la cadena perpétua, se vé reducido el *solteron* á estar cuidado por un ama que solo desea su muerte para coger las sortijas y quedarse con la ropa que le dió á lavar, ó á quien por buena que sea, le importa poco que viva bien ó mal, si religiosamente le paga su diario. Así es, que con frecuencia se le oye quejarse de que ha llamado seis veces á la aldbaba; de que con el asma, habia estado tosiendo toda la noche, sin que nadie lo auxiliase; de que la comida se la ponen en día salada, y otro sosa; de que en el cuarto inmediato hay un aprendiz de violin, que estudia al amanecer, y un actor que declama cuando todo el mundo duerme; por último, de que la criada le gasta el aceite de olor, que tiene para la peluca, ó el criado de la fonda se furma sus escelentes habanos.

Como el hombre no puede menos de tener un objeto en quien mas ó menos intimamente deposite su corazon, este ex-hombre, que no ha sabido amar á una muger para hacerla participe de su suerte, tiene al fin

CRIMENES CÉLEBRES.

FRANCISCO PICAUD.

En 1807, vivía en París un zapatero llamado Francisco Picaud. Este pobre hombre, joven y bastante buen mozo, estaba en vísperas de casarse con una muchacha, fresca, complaciente, atractiva, y que le gustaba mucho, como agrada a la gente del pueblo la prometida que eligen entre todas las mugeres: porque para la gente del pueblo, el único medio de tener una muger, es casarse con ella. Revolviendo en su imaginación este hermoso proyecto, y vestido con su traje de los días festivos, Francisco Picaud se dirigió a casa de un amigo suyo, de la misma clase y edad, pero más rico que él, y conocido por su estrema envidia a todo el que prosperaba en derredor suyo.

Mateo Loupian, natural de Nîmes, como Picaud, tenía un fumadero y café bien acreditado, cerca de la plaza de Santa Oportuna. Era viudo y con dos hijos de su difunta muger; tres vecinos, habitantes todos del departamento del Gard, y conocidos de Picaud, le acompañaban.

—¿Qué es eso?... dijo el dueño del establecimiento: Picaud, qué compuesto vienes; parece que vas a bailar las *treilhas* (las trenzas) baile popular muy en moda en el bajo Languedoc.

—Es otra cosa mejor, querido Loupian; me caso.

—¿V a quién has elegido para que te plante cuernos?... preguntó uno de los concurrentes llamado Allut.

—No ha sido a la hija segunda de tu suegra, porque en esa familia tienen tan poca habilidad para ponerlos, que los tuyos ya te han agujereado el sombrero.

Miraron todos, y vieron que efectivamente el sombrero de Allut tenía un desgarrón, por lo que se rieron del zapatero de viejo.

—Fuera de broma, dijo el dueño del café, ¿con quién te casas, Picaud?

—Con la de Vigoroux.

—¿Teresa la rica?

—La misma.

—Pues tiene cien mil francos, replicó el cafetero consternado.

—Se los pagaré con amor y felicidad. Os convido, caballeros, a la misa que se dirá en Saint Leu, y al baile que habrá después de la comida de boda, en *Bal Champetre*, en los *Bosquecillos de Venus*, calle de los Osos, en casa de Mr. Latignac, maestro de baile, número 5.

Los cuatro amigos apenas pudieron articular algunas palabras insignificantes; tanto les había aturrido la felicidad de su compañero.

—¿Cuándo es la boda? preguntó Loupian.

—El martes próximo.

—¿El martes?...

—Cuento con vosotros, hasta la vista. Voy a la Mairie, y desde allí a casa del señor maire. (Salió y todos se miraron).

—¿Cuán dichoso es ese bribón!...

—Es brujo.

—¿Una chica tan guapa y tan rica!...

—¿Y el martes es la boda?...

—Sí, dentro de tres días.

—¡Apesto dijo Loupian a que retraso la fiesta.

—¿Y cómo te vas a componer...?

—¿Una broma?...

—Si una chanza excelente....

—El comisario no tardará en venir, y le diré que tengo sospechas de que Picaud es un agente de los ingleses: ¿comprendéis?... Con esto le citarán, le interrogarán, tendrá miedo, y durante ocho días la boda habrá de tener paciencia.

—Loupian, dijo Allut, esa es una mala pasada. No conoces a Picaud: si descubre la burla es capaz de vengarse duramente.

—¡Bah! ¡bah! contestaron los otros, es preciso divertirse.

—Haced lo que queráis, pero os advierto que yo no tomo parte en ese proyecto: cada uno siga su gusto.

—¡Ah! replicó el cafetero con acrimonia, no me extraña que tengas cuernos, porque eres muy sufrido y cobarde.

—Soy un hombre honrado, y tú un envidioso. Yo viviré tranquilo, y tú morirás desastrosamente. Buenas noches.

En cuanto volvió la espalda, la trínca cobró animo, y mutuamente convinieron en llevar a cabo tan ridícula idea: Loupian, autor de la proposición, prometió a sus dos amigos hacerlos reír a carcajadas. El mismo día, dos horas después, el comisario a quien Loupian había hecho la delación, cumplió su deber de funcionario vigilante. Las habladurías del dueño del café, le sirvieron para redactar un parte a estilo de comisario, y le remitió a la autoridad superior. Llevóse la fatal nota al duque de Rovigo, y coincidía con otras revelaciones referentes a movimientos en la Vendée. Ya no cabía duda, Picaud era un agente intermedio entre el Mediodía y el Oeste: debía ser un personaje importante, y su actual oficio encubría a un noble del Languedoc. En la noche del domingo al lunes, el desgraciado Picaud fué arrebatado de su domicilio, con tanto sigilo que nadie lo vió: desde aquel día se perdió completamente su huella; sus parientes y amigos no pudieron adquirir la menor noticia acerca de su suerte, y dejaron de ocuparse de él.

Trascurrió el tiempo, y llegó el año 1814: cayó el gobierno imperial, y hacia el 15 de abril, salió del castillo de Fenestrelle un hombre agobiado por los padecimientos, y envejecido por la desesperación mucho más que por el tiempo: diríase que en siete años había vivido más de medio siglo. Nadie podía reconocerle, por que él mismo no se conoció cuando por primera vez pudo consultar un espejo, en la miserable posada de Fenestrelle.

Este hombre, que en su prision era entendido por el nombre y apellido de José Luckner, había sido mas bien hijo que criado de un rico eclesiástico milanés. Indignado éste del abandono en que le dejaban sus parientes, para gozar de las rentas de su inmensa fortuna, no les entregó los capitales que poseía en los bancos de Hamburgo y de Inglaterra. Además, vendió la mayor parte de sus fincas a uno de los grandes dignatarios del reino de Italia. Aquella venta se hizo a renta vitalicia, pagadera anualmente por un banquero de Amsterdam, encargado de remitir el dinero al vendedor.

Aquel noble italiano murió el 4 de enero de 1814, é instituyó por su único heredero de cerca de siete millones de bienes libres, al pobre José Luckner, y además le descubrió el secreto de un tesoro, que contenía cerca de 1.200.000 francos de diamantes al precio del comercio, y otros 3.000.000 por lo menos en metálico, tanto en ducados de Milan, florines de Venecia, ochentines de España, como en lises de Francia, guineas inglesas, etc.

Libre por fin José Luckner, marchó rápidamente hacia Turin, y llegó a Milan: obró con mucha prudencia, y al cabo de algunos días se hallaba ya en posesión del tesoro que había ido a buscar, aumentado con una multitud de piedras antiguas y camafios admirables, todo de gran valor. Desde Milan, José Luckner, marchó a Amsterdam, Hamburgo y Londres, y en este viaje recogió bastantes riquezas para llenar las arcas de un rey. Instruido Luckner a fondo por su amo, de los secretos resortes de la especulación, supo colocar tan bien su dinero, que reservando sus diamantes, y un millon en billetes de banco se creó una renta de 600.000 francos, pagadera parcialmente por los bancos de Inglaterra, Alemania, Francia ó Italia.

Hecho esto, se puso en camino para París, á donde llegó el 15 de febrero de 1815, ocho años después, día por día, en que había desaparecido el infortunado Francisco Picaud. Este pudiera tener entonces treinta y cuatro años. José Luckner cayó enfermo al día siguiente de llegar a París, y como no tenía casa ni criados, se hizo conducir a una enfermería. Cuando regresó Napoleón, Luckner se hallaba todavía malo, y no había cesado de estarlo mientras el emperador habitó en la isla de Elba. Mientras el emperador permaneció en Francia, el enfermo Luckner prolongó su convalecencia. Mas cuando le pareció que la segunda restauración debía consolidar de un modo estable la monarquía de Luis XVIII, el huésped de la enfermería la abandonó, y se trasladó al barrio de Santa Oportuna: hé aquí lo que allí supo.

En el mes de febrero de 1807, se habló mucho de la desaparición de un joven y honrado zapatero, que iba a contraer un enlace fabuloso. Una mala pasada de tres amigos, destruyó su felicidad: el pobre hombre, ó huyó ó fué arrebatado: en fin, nadie volvió a saber de su suerte. Su prometida le lloró durante dos años; mas luego, cansada sin duda de derramar lágrimas, se casó con Loupian, que aumentando sus intereses con aquel matrimonio, poseía en los baluartes el mas magnífico y acreditado de los cafés de París.

José Luckner, oyó aquella narración con la mayor indiferencia; mas sin embargo, preguntó los nombres de los que se presumía haber causado la desgracia de Picaud: los nombres de aquellos individuos se habían olvidado.

—Con todo, añadió uno á quien interrogaba el recién llegado, hay un tal Antonio Allut, que delante de mí se ha jactado de conocer a los sujetos de que se trata.

—Yo he conocido en Italia á un Allut que era de Nîmes.

—El de que yo hablo también es de esa misma ciudad.

—Me prestó cien escudos, y me dijo se los devolviese á su primo Antonio.

—Podeis enviarle esa suma á Nîmes, pues allí se ha retirado.

Al día siguiente, una silla de posta, precedida de un correo, volaba mas bien que corría por el camino de Lyon. Desde aquella ciudad, el carruaje siguió el Ródano por el camino de Marsella, y le dejó en el puente del Espíritu Santo. Allí, un abate italiano, echó pie á tierra por primera vez desde que emprendió su viage.

Tomó un cabriolé, y se apeó en Nîmes en la conocida fonda del Luxemburgo. Sin afectación alguna se informó de los criados del establecimiento acerca del paradero de Antonio Allut, nombre bastante comun en aquella comarca á muchas familias diferentes en rango, fortuna y religion. Pasó algun tiempo antes que el abate Baldini pudiese encontrar al individuo que buscaba, y aun después que lo consiguió, necesitó varios días para ponerse en comunicación con él. Concluidos estos preliminares, el abate refirió á Antonio que hallándose preso en el castillo del Huevo en Nápoles, por delito político, había tenido relaciones de amistad con un excelente compañero que murió en 1811, y cuya pérdida sentía en extremo.

—En aquella época, dijo, era un hombre como de

que querér á uno ó muchos animales: por eso, rara vez se observará que haya veterano alguno de tal fange que no crie canarios ó ruiseñores, enseñándoles á cantar con su organilo; ó tenga un gato muy gordo, ó un papagayo que le llame por su nombre, y diga *buen viaje*: ó un perro de aguas á quien enseñe el ejercicio; conociéndose algunos tan fanáticos en la anímal-manta, que su casa parece un arca de Noé, y en cuyo testamento se encuentran pensiones vitalicias señaladas á un perro dogo, á un gato de Angola, ó á un raton domesticado.

Ocupado en tan humanitaria tarea, arrastra el carcamal en el olvido, el último periodo de su penosa existencia, sin tener á nadie que le mire con interés, como no sea un sobrino que abrigue el de heredarle; y cuando asistido por un mercenario enfermero deja de padecer, se oye su muerte con la mayor indiferencia, y hasta con júbilo, si sus bienes pasan á gentes mas necesitadas y dignas de compasión. Con ella no viene la idea de una esposa viuda, de unos hijos que han perdido á su padre, de una familia desolada, á quien faltó su natural apoyo, sino la de haber desaparecido del mundo un trasto viejo, en cuyo lugar puede colocarse otro mucho mas útil y aseado.

Pero hemos ya matado al *solteron* macho; veamos ahora que sucede con la hembra, con las vulgo *solteronas*.

Preciso será tratarlas con alguna mas indulgencia, porque pocas hay que en rigor, sean dignas de mi severa critica; la necesidad, mas que la vocación por el aislamiento doméstico, es quien las precisa á vivir célibes para ser después enterradas con palma.

Son, como ellos, egoístas é indiferentes con la suerte del prójimo; gustan mucho de pintarse los labios y las cejas, ponerse de manga corta y escotadas, tanto, que en viendo á lo lejos en Madrid una pechuga cual pierna de vaca gallega, y unos brazos como eje de carreta de Soria, puede el menos fisonomista decir, sin riesgo de enganarse, *esa es una solterona*.

Apasionadas en extremo, y muy particularmente de los que podrian ser sus nietos, usan de la prerrogativa que les concede su carácter para hacerles el amor, con tal vehemencia, en términos tan agresivos, que necesita el hombre la castidad de José, y cierto descaro de playa, para poderse defender de sus ataques. Son envidiosas como nadie; para ellas no hay muchacha guapa, ni amante que sea fiel, ni matrimonio que no sea desgraciado. Como se ocupan tanto de las vidas ajenas, son por lo regular mensajero nato de chismes y aventuras; gobiernan todas las casas menos la suya, y nunca faltan á boda, ni á bautizo, ni á romería, ni á función de iglesia.

No hay para ellas conversacion mas desagradable que la de edades: llámanla *propia de albitares*, y la que á fuerza de cuidados artísticos se conserva menos injuriada por el azote de los años, concluye siempre por decir, que nadie tiene mas de los que representa. Otras hacen alto, se estacionan en una edad determinada; son verdadero anacronismo entre la fecha y su estado; y *solterona* conozco yo, que, haciendo veinte y tres años que está plantada en treinta, como es buen punto, no ha querido pedir mas carta por miedo de pasarse.

A la tercera vez que se las habla, le embocan á uno, de *pe á pa*, su hoja de servicios. «Puede haberme casado con don Camilo; pues estubo sumamente apasionado de mí ¡pero siempre me fué antipática su persona! A quien yo amaba, de veras, ¡ay!... fué á mi Eduardo; pero ¡desgraciado! naufragó navegando hacia la Habana, donde tenía que redondear sus asuntos, para luego unírnos con indisoluble lazo: este es el día en que aun no he conseguido olvidarle. Después he tenido mil adoradores, Pedro, Juan, Diego, y que sé yo cuantos mas ¡fáltale poco para decir que la han amado los innumerables mártires de Zaragoza!; pero gusto ahora tanto de la independencia, exijo yo tantas condiciones en un hombre, son vds. todos tan escéntricos, que es muy fácil, que nunca ya me decida á elegir uno en quien labre su felicidad.»

Siempre que riñen, alegan también sus méritos; y después de haber dado mas saltos que la zorra de la fábula, dicen, con ella, *«están verdes»*; y mueren pronunciando las palabras de aquel refrán castellano, que dice, «no está la morcilla en el plato, por falta de gato.»

Si, para dar barniz á este cuadro, no sé si tan exacto como sombrío, quieres, que, en conclusion, te diga, lector amigo, lo que son los *solterones*; te diré, que son cizaña, polilla, escoria y pedrisco de la sociedad, calamidad pública, azote del cielo, la octava plaga de Egipto, súbditos, en fin, á quienes la ley debiera perseguir, imponer una contribucion especial, y condenar á la bafa de los hombres laboriosos y honrados.

Muchos espero que se me incomoden; mas tendrán buen cuidado de callarse, sino quieren que les aplane con un testo, que hace ya tiempo dijo el orador latino, en una de sus mas célebres defensas: *«Ego autem neminem nomino. Quare irasci mihi nemo poterit, nisi quis ante de se voluerit confiteri»*; el cual para el uso de los *solterones*, que es singular que, en su mayor parte no sepan la lengua de Rómulo, me tomaré la libertad de traducir, diciendo: *yo á nadie nombro, con que así, nadie tampoco podrá atufarseme, sin que por ello se confiese culpado.*

Valladolid.—Junio.

PERSIO.

treinta años: espiró llorando su perdido país; pero perdonando á cuantas personas podían haberle ofendido: era de Nimes y se llamaba Francisco Picaud.

Allut prorumpió en una exclamación, y el abate le miró con asombro.

—¿Luego también conocíais á Picaud?... le preguntó.

—Era uno de mis buenos amigos.... el desgraciado ha ido á morir bien lejos.... ¿pero habeis sabido la causa de su prision?

—El mismo no la sabía, y me lo ha jurado tantas veces, que no puedo dudar de su ignorancia.

Allut suspiró y el abate continuó:

—Mientras vivió no le ocupó mas que una idea. Hubiera dado su parte de paraíso, decía, al que le nombrase al autor ó autores de su prision. Y esta idea, fija siempre en su imaginación, inspiró á Picaud la singular cláusula testamentaria que hizo. Pero antes debo deciros, que aquel desgraciado había hecho en su prision señalados servicios á un inglés, preso como él, y que al morir le dejó un diamante que vale por lo menos 50,000 francos.

—Fué muy feliz, exclamó Allut: 50,000 francos es una buena fortuna.

—Cuando Picaud se vió en su lecho mortuario, me mandó llamar y me dijo: mi fin me será agradable, si quereis cumplir mis intenciones: ¿me lo prometeis?... Os lo juro, bien persuadido de que no exigireis nada contrario al honor y á la religion. ¡Ah! nada indudablemente: escuchadme y juzgareis: no he podido saber el nombre de los que me han sumido en este infierno, pero he tenido una revelación. La voz de Dios me ha advertido que uno de mis compatriotas de Nimes, Antonio Allut, sabe quiénes son mis delatores. Cuando recobreis vuestra libertad id á buscarle y entregadle de mi parte el diamante que debo á la generosidad de sir Herberto Newton; pero impongo una condición, y es, que al recibir de vos el diamante, os confíe los nombres de los que miro como mis asesinos. Cuando los sepais, volved á Nápoles, y mandadlos escribir en una plancha de plomo, que colocareis sobre mi sepultura.

Continuando la conferencia, Antonio Allut confesó que los conocia, y reveló los nombres que se le pedían: sin embargo lo hizo con cierto secreto movi-

codiciosos Allut, que tuvieron que huir á Grecia, en donde lo pasaron bastante mal.

Presentóse una señora en el café Loupian y preguntó por el amo: le manifestó que su familia era deudora de eminentes servicios á un pobre hombre que había quedado arruinado de resultados de los acontecimientos de 1814; pero tan desinteresado que no quería admitir ninguna recompensa: únicamente deseaba entrar de mozo en un establecimiento en donde le tratasen con alguna consideración. Ya no era joven; podría tener unos 50 años, y para decidir á Mr. Loupian á recibirle, se le darian cien francos mensuales, sin que lo supiese el interesado.

Aceptó Loupian, y se presentó un hombre bastante feo y mal vestido. La señora de Loupian, dueña del establecimiento, le examinó con atención, y creyó encontrar unas facciones que no la eran desconocidas, mas no recordando dónde las había visto, ni escitando en ella ningún pensamiento satisfactorio, lo olvidó completamente. Los dos nimeses concurrían puntualmente al café: un día no pareció uno de ellos. Formáronse conjeturas sobre su ausencia: al otro día tampoco se presentó; ¿qué hará? Guillermo Solari prometió saber la causa de su ausencia; hácia las nueve de la noche volvió al café, y consternado refirió que la víspera á las cinco de la mañana, se encontró en el puente de las Artes el cuerpo del desventurado Chaudard, atravesado de una puñalada. El arma había quedado clavada en el cadáver, y en el mango se leía con letras impresas: *Número uno*.

No faltaron conjeturas, y Dios sabe cuántas se hicieron; la policía revolvió el cielo y la tierra, pero el culpable pudo sustraerse á sus pesquisas.

(Se concluirá.)

HISTORIA NATURAL.

EL TAPIR.

Este es el animal mas corpulento de América, donde la naturaleza viviente parece haberse achicado, ó mas bien no haber tenido tiempo de adquirir sus ma-

ño está manchado como el ciervo, y después su pelo es uniforme y de color pardo oscuro: la cabeza larga y abultada, con una especie de trompa como el rinoceronte.

Parece que el tapir, ó danta, es un animal triste y tenebroso, que no sale sino de noche y que no está con gusto sino en el agua, donde habita mas comunmente que en tierra; vive en los pantanos, y apenas se ve amenazado, perseguido ó herido, se arroja al agua, se sumerge en ella, y está el tiempo suficiente para caminar mucho antes de volver á aparecer.

Se vé que la especie de trompa que tiene á la estremidad de la nariz no es mas que un vestigio ó rudimento de la del elefante, y este es el único carácter de conformación por el cual se puede decir que el tapir se asemeja al elefante.

La especie de los tapires es bastante numerosa en lo interior de la Guayana, y á tiempo acuden á los bosques situados á alguna distancia de Cayena. Cuando se ven perseguidos por los cazadores se refugian al agua, donde es fácil tirarles; pero aunque su índole es tranquila y suave, son peligrosos cuando están heridos, habiéndose visto á algunos arrojarlos á la canoa de donde había salido el tiro, y procurar vengarse trastornándola. También es preciso de precaverse de ellos en los bosques, en los cuales hacen senderos, ó mas bien caminos bastante anchos y batidos, por la costumbre que tienen de ir y venir siempre por unos mismos parages; y es de temer encontrarlos en estos caminos, de los cuales nunca se desvían, porque su marcha es impetuosa; y sin designio de ofender, chocan rudamente con todo lo que se les pone delante.

El grito de los tapires es una especie de silbo fuerte y agudo, que los cazadores y los salvajes, imitan con bastante perfección para hacerles venir y tirarles de cerca.

La hembra tiene gran cuidado de su hijo; pero no solo le enseña á nadar, jugar y sumergirse en el agua, sino que también cuando está en tierra hace que le acompañe siempre, y si el hijo se queda atrás, la madre vuelve de tiempo en tiempo su trompa, en la cual está situado el órgano del olfato, para oler si la sigue ó si se queda muy distante, en cuyo caso le llama y le espera para continuar su marcha.



El tapir.

miento de terror: pero estaba allí animándole su mujer, y el abate escribía los nombres de Gervasio Chaudard, Guillermo Solari, y por último el de Loupian.

La sortija fué entregada. En virtud de un convenio pasó á ser propiedad de un joyero por precio de 63,749 francos, 41 céntimos, que pagó al contado. Cuatro meses después, con gran desesperación de los Allut, aquel diamante volvió á ser vendido á un comerciante turco por 402,000 francos. Aquella diferencia produjo un asesinato, el del joyero, y la completa ruina de los

yares dimensiones. En lugar de las moles colosales que produce la tierra antigua del Asia, en vez del elefante, del rinoceronte, del hipopótamo, de la girafa y del camello, no hallamos en estas tierras nuevas sino animales modelados en pequeño, tapires, llamas, vicuñas y cabiales, todos veinte veces mas pequeños que aquellos con quienes se les debe comparar en el antiguo continente.

El tapir es del tamaño de una vaca pequeña ó de un zebú, pero sin cuernos ni cola, sus piernas cortas, el cuerpo arqueado como el del cerdo; cuando peque-

La postura favorita del tapir es la de estar sentado sobre sus pies traseros como un perro, y también es menos desagradable en que se le puede ver.

Tiene mucha fuerza en los dientes, y se le ve algunas veces trasportar con ellos de un parage á otro, cuando están domesticados, la artesa en que se le da de comer.

DIRETOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 1.